

1

**AL PRINCIPIO DEL MUNDO.
LAS ANTIGUAS CARAS DE LOS
PUNTOS CARDINALES**

Cuando miramos hacia el cielo

Dicen que el sentido geográfico lo adquirimos muy al principio, al menos desde que descendimos de los árboles, hace unos seis millones de años. También dicen que fue el bipedismo lo que transformó para siempre nuestra visión del mundo. Al caminar erguidos, nos encontramos con las manos libres y acabamos mejorando nuestra vida relacional en gran medida. No solo eso, sino que erguidos éramos capaces de mirar más lejos y ver más cosas con mayor atención, y podíamos utilizar con más facilidad nuestro cuerpo como vara de medir: delante y detrás, izquierda y derecha. Quién sabe, tal vez así nació realmente la idea de espacio vital. Quizá así surgió, por el contrario, el concepto de otro lugar.

En cualquier caso, hubo un momento en que alzamos la cabeza y vimos el cielo, la bóveda estrellada en la oscuridad de la noche y la nítida trayectoria del sol durante el día. Durante siglos, milenios, seguiríamos contemplando aquel lugar de allá arriba con temor y sobrecogimiento, pensando que estaba lleno de seres terribles y poderosos, atrapados en sus movimientos inmutables. Cada mañana salía el sol, ascendía por la bóveda y luego se arrojaba al otro lado del horizonte, hacia los

oscuros territorios subterráneos; en su ocaso, finalmente, cada atardecer traía de vuelta las estrellas. Estrellas que se desplazaban por la bóveda celeste con un movimiento ordenado; tan ordenado y regular que, observándolas noche tras noche, era fácil detectar una especie de jerarquía. Había una estrella, la polar,¹ que no cambiaba de posición, sino que parecía actuar como un pivote: alrededor de ella giraban las demás estrellas. Luego había estrellas que salían y se ponían; otras que nunca se ponían, es decir, que no descendían por debajo de la línea del horizonte, sino que se limitaban a rotar, siempre visibles.

Así fue como empezamos a orientarnos: observando fenómenos astronómicos muy complejos, que nuestra familiaridad con aquel cielo amenazante nos permitía, sin embargo, calcular con gran precisión; aunque no comprendiéramos realmente las razones y los mecanismos profundos de aquellos movimientos, a pesar de que en aquel mundo de luces misteriosas viéramos sobre todo los movimientos de seres divinos. En todo ello había un principio de orientación que era, cuando menos, evidente: las estrellas se movían todas de este a oeste en el curso de la noche y el sol se comportaba de la misma manera durante el día. Había un movimiento ordenado en aquella magnífica bóveda; resultado, de hecho, del movimiento de rotación de la Tierra de oeste a este, pero no importaba comprender este primer principio: bastaba con ese movimiento; bastaba con esa dirección.

He aquí el mecanismo que se sigue, el que conocemos casi instintivamente y que nos permite mirar a nuestro alrededor con relativa certeza. Hay un punto por donde sale el sol, y lo llamamos este u oriente, y otro opuesto, por donde se pone, al que llamamos oeste u occidente. A partir de ahí podemos deducir otras informaciones: si seguimos el curso diurno del Sol hasta que alcanza su punto más alto en el cielo, descubriremos con facilidad que no está exactamente sobre nuestras cabezas, sino un poco desplazado; si entonces giramos en su dirección, encontraremos el sur (por eso también lo llamamos mediodía).

Además, si plantamos un palo en ese momento, veremos una sombra muy pequeña (será el valor mínimo del día en longitud) y sabremos que esa sombra apunta exactamente hacia el norte astronómico.

Luego, por supuesto, las cosas son mucho más complicadas. Cada mañana, de hecho, el punto de salida del sol se desplaza un poco, y la longitud de la sombra proyectada al mediodía tampoco es constante. Es ese ciclo el que tiene que ver con el cambio de las estaciones: la sombra tendrá una extensión mínima en el solsticio de verano, una máxima en el solsticio de invierno y un valor medio en los dos equinoccios, el de primavera y el de otoño. Nuestros antepasados conocían bien estos desplazamientos del sol a lo largo de la línea del horizonte y es cierto que los primeros pastores, a principios del Neolítico, describían su movimiento tallando en piedra una especie de doble espiral, que primero se ensancha y luego se estrecha.

Este es el principio de la orientación, y he aquí el esquema derivado de él en su sentido más simple: un plano y dos intersecciones con la línea del horizonte, a lo que podemos añadir otro plano ortogonal al primero y dos intersecciones más con la línea de paso. En total, cuatro puntos sobre el horizonte: los puntos cardinales, para ser exactos, los cuales, desde aquellos lejanos tiempos, reflejan esencialmente fenómenos celestes periódicos (aparte de la estrella polar). Fenómenos que, durante mucho tiempo, se leerían como algo vivo, algo trascendente y aterrador, pero en constante diálogo con los seres humanos.

Donde el sol se hunde en las tinieblas: la idea primitiva de Occidente

Ahora deberías intentar imaginar que has vuelto a la época de tus orígenes: sin casa, sin carretera, sin fuego, sin una luz que ilumine en la noche. Es una oscuridad profunda la que te rodea, casi una sustancia derramada sobre todas las cosas,

una oscuridad tan densa que tienes que dilatar un poco los ojos para poder distinguir algo. Ahora bien, si levantas los ojos hacia arriba lo verás: un cielo tan rebosante de estrellas que casi parece caer sobre tu cabeza. Y no es otra cosa que tú mismo: tú conoces el cielo y él te conoce a ti. Sois iguales, sois uno.

Es difícil decir mucho más sobre aquella antigua experiencia, sobre cuál era realmente la relación que nuestros antepasados tenían con el cielo nocturno hace miles de años. Una relación que se ha ido construyendo paso a paso, al menos desde que empezamos a domesticar animales y plantas, hace ocho, siete o seis mil años, depende de la zona, depende de la cultura. A esa profunda transformación la llamamos el Neolítico. Es entonces donde vemos esa nueva relación con el cosmos; la época en que la astronomía, la religión y la agricultura eran, probablemente, una misma cosa. La época en que empezamos a hablar con el cielo.

Es entonces cuando vemos aparecer esa primera idea de Occidente, el lugar donde se hunde el sol. Utilizo el verbo «hundir» no por casualidad: porque la mayoría de las representaciones más antiguas nos hablan de agua y de barcos. Puede sonar extraño, pero es así. Lo vemos, por ejemplo, en Finlandia, a partir del sexto milenio antes de Cristo, donde aparecen imágenes de barcos solares con toda su tripulación y decorados con cabezas de alce. Lo vemos en Nämforsen, al norte de Suecia, o en Alta, al norte de Noruega, a partir del cuarto milenio antes de Cristo, donde, entre rocas planas y claras, también destacan imágenes rojas de otros barcos con cabeza de alce. Por no hablar de las representaciones de barcos solares alrededor del lago Onega, en Carelia, y en las orillas del río Vyg, en Rusia occidental.² Y la que hoy sigue siendo una de las pruebas más completas y fascinantes de esta idea, que encontraron por casualidad unos saqueadores de tumbas en una pequeña colina cerca de Nebra, en Sajonia-Anhalt: se trata de un disco casi redondo, de 32 centímetros de diámetro, 4,5 milímetros de grosor en el centro y 1,7 milímetros en el borde, con un peso

de 2,3 kilos, un pequeño objeto de bronce que originalmente debía de ser negro y ahora parece verde debido a una capa corrosiva de malaquita. Tras un largo debate sobre su autenticidad, los estudiosos están ahora convencidos de que se fabricó en algún momento entre el 2100 y el 1700 a. C. y se enterró más tarde, hacia el 1600 a. C. Pero lo más importante de todo esto es que el disco representa el cielo: sus pequeñas y hermosas aplicaciones de pan de oro simbolizan una serie de estrellas; para ser más exactos, la luna llena, la luna creciente y las Pléyades rodeadas de veinticinco estrellas. Un primer grupo de estrellas al que más tarde se añadieron los dos arcos del horizonte: dos aplicaciones más que destacaban la salida y la puesta del sol en el solsticio de invierno y el solsticio de verano y servían para realizar mediciones astronómicas, y es que el disco estaba destinado a situarse exactamente donde se encontró, apoyado en esa precisa colina y orientado hacia la cima del Brocken, el monte más alto de Alemania central, a unos ochenta y cinco kilómetros de distancia. Colocado en esa posición, se convertía en un calendario capaz de medir las fases solares del año. Además, había un último elemento decorativo en el disco, se supone que añadido más tarde: una especie de hoz dorada en el centro, en la parte inferior. No tenía ninguna función explícita de cálculo; simplemente, representaba una embarcación. Una barca solar, según parece; una forma de ilustrar el viaje del sol de este a oeste.

En realidad, el viaje diurno y nocturno del sol es un mito muy extendido, por no decir otra cosa, que recorre toda la cosmología euroasiática. De maneras diferentes, narra la desaparición del sol en una cueva o recinto y su reaparición al amanecer siguiente, tras un peligroso viaje en barca por el inframundo.³ Es imposible decir cuándo adquirió su forma primigenia. Lo vemos grabado o en pinturas rupestres del Neolítico y lo vemos narrado en la literatura asiática y europea muchos milenios después. La forma clásica del mito se encuentra en el *Rigveda* indio. En esta versión, el sol de la madrugada, la bella Uşas, la

aurora, yacía oculta en una cueva en medio de una isla en el fin del mundo, y fueron los otros dioses quienes abrieron la cueva y permitieron que surgiera el primer amanecer, que iluminó el mundo entero.⁴ Encontramos este patrón en versiones iraníes posteriores: el sol está encerrado en una cueva o fortaleza y un joven héroe consigue liberarlo. El mismo de la versión griega protagonizada por Eos; el mismo que en la versión báltica introduce a Saulé, la hija del sol, y al malvado Velns; el mismo que marcaría las mitologías del Oriente mediterráneo, desde los egipcios hasta los griegos: las que contribuirían a caracterizar profundamente la imagen de Occidente y sobre las que ahora será necesario detenerse un momento.

Los egipcios y el mundo del desierto

Estamos en Egipto, hacia el siglo XVI a. C., en la misma época en que, en una colina del norte de Europa, alguien decidió enterrar el disco de Nebra. Si quisiéramos orientarnos por estos lares y observar más de cerca el sol y su curso, quizá lo ideal fuera subirse a la cabeza de una esfinge al amanecer. Entonces podríamos contemplar cómodamente el mundo desde lo alto, con la misma perspectiva que los halcones y los dioses. Lo primero que veríamos sería un cegador mundo de arena: llanuras y crestas; los tonos grises y rosáceos de la arena extendiéndose sin fin hasta un horizonte desdibujado por una niebla baja y fina. Luego veríamos, en la dirección del sol naciente, una larga franja más oscura que discurre de sur a norte, una tierra negra rebosante de vida marcada en el centro por un ancho río casi inmóvil, surcado por pequeñas velas blancas. No nos costaría entender que todo, o al menos todo lo que importa, está pegado a ese río. Entonces, razonando un poco más allá, podríamos llegar a la conclusión de que ese río es algo más que un curso de agua. Es casi el único camino que nos lleva hasta el centro de todo un mundo; es más, quizá exagerando un poco, podríamos

deducir que el propio río es ese mundo. Iteru, como lo llaman todos por estos lares, significa, simplemente, ‘el río’, el más grande, el único. Es el que un día los griegos llamarán Nilo, el que siempre ha dado agua y prosperidad a todo el país, depositando un limo fértil sobre la tierra durante la crecida. Al verlo ahora, plácido e inmóvil bajo este sol naciente, casi se intuye el sentido del mundo; y son las embarcaciones las que nos lo muestran con más claridad, navegando despacio, con un ritmo que parece el mismo de la naturaleza. Los marineros llaman a ese viajar, a ese fluir por el río, *khed*, es decir, descender por la corriente, camino del norte, hacia los canales del delta. Si lo escribiéramos en caracteres jeroglíficos, tendríamos que terminar la palabra añadiendo un pequeño barco estilizado, de modo que la idea de viajar queda vinculada al propio río. Esta es la primera consideración: visto desde aquí, el Nilo parece contar más que el sol para la orientación; porque el Nilo es a la vez un camino y el sentido mismo de un país, todo existe para él y en torno a él. Nace más allá de la primera catarata y fluye de sur a norte, por lo que debemos mirar hacia el sur para orientarnos: el este será nuestra izquierda y el oeste nuestra derecha. De hecho, si nos fijamos en los nombres de los puntos cardinales, es fácil ver que se mezclaban muchos elementos diferentes en la orientación. El vínculo con el Nilo es innegable, pero aún lo es más la invocación al propio cuerpo: *mehet*, el norte, y *reset*, el sur, quizá vinculado a la idea de cabeza;⁵ y luego otras expresiones que implican claramente un sujeto que mira hacia el sur, como *kenty*, ‘delante de’ o ‘al sur de’, o *pehwy*, ‘detrás de’ o ‘al norte de’;⁶ o *iabt*, es decir, este, que podría leerse como ‘izquierda’, e *imnt*, oeste, que también sonaba como ‘derecha’.

A todo ello se añadía la referencia al cielo. Esta se aplicaba al eje norte-sur, pero aún más al eje este-oeste, en clara relación con el movimiento del sol. Era aquí donde la barca celeste hacía su aparición, como bien relataban los mitos. El sol, el dios Ra, recorría los dos cielos en una barca. Llegaba cada día desde el este bajo la apariencia de Jepri, al mediodía se convertía en

Ra y al atardecer en Atum. En ese momento se dirigía a los territorios occidentales, que correspondían al reino de los muertos, donde se convertía en If, una deidad con forma de momia, y luego pasaba a la barca de la noche, el *Mesketet*, acompañado de diversas deidades protectoras con las que atravesaba el inframundo y sus peligros. Peligros que, sin embargo, no conseguían detener la barca ni el paso del tiempo, lo que permitía finalmente que todo volviese a empezar al día siguiente.

Occidente como reino de los muertos, pues. Un gran mar celeste subterráneo donde los muertos navegaban junto con el dios Sol, que los precedía en su barca. Esta es la razón por la que en el Reino Antiguo, la era de las pirámides, los faraones se enterraban junto con sus futuras barcas celestiales. Y por lo mismo, muchos siglos después, un himno del reino nuevo describía así la alegría de los muertos por el paso del dios Sol a la otra vida.⁷ De ahí que la palabra «occidente», *imnt*, también se utilizase cada vez con más claridad para referirse al mundo de los muertos, mientras que el término «occidental», *imntyw*, se convirtió en sinónimo de los muertos que allí habitaban. Esta localización geográfica del más allá provocó que, salvo raras excepciones, las necrópolis estuvieran todas al oeste del Nilo, mientras que las ciudades se erigían en la orilla oriental del gran río, por donde sale el sol. Y por eso mismo es fácil comprender por qué occidente también se convirtió a menudo en una referencia geográfica para el enterramiento y la colocación de los cuerpos, así como para los rituales.⁸

Aparte de todas estas consideraciones astronómicas, religiosas y simbólicas, conviene recordar que los egipcios también conocían el occidente a través de su experiencia cotidiana como habitantes del desierto. Para quienes veían el mundo desde el Nilo, el occidente era también el desierto, y este era inmenso y terrible. *Desheret*, la tierra roja y árida; una palabra que en jeroglífico se escribía con un flamenco que representaba el trilateral *dsr*, 'rojo', el semicírculo que simbolizaba el pan y el determinante femenino *t*, y un diseño de tres montículos finales que no

se pronunciaban y servían de determinante para indicar desiertos o países extranjeros. *Desheret*: el horizonte infinito de dunas, el balanceo de los camellos, la arena impalpable que se mueve como impulsada por corrientes invisibles. Lugares donde los demonios susurraban al viento y donde moraba el terrible Seth, dios de las fronteras, pero también de la violencia y el mal, el que había matado a Osiris y esparcido sus pedazos por todo Egipto. Lugares, por supuesto, donde no todo era desolación, pues incluso en el desierto había caminos y refugios. Estaban situados al oeste, a una distancia infinita del Nilo; tenían pozos, campos, granjas y a veces incluso templos y oráculos. Los egipcios los llamaban *wahat*, nombre que a fuerza de pronunciarse en distintas lenguas adoptaría más tarde otros sonidos: *wahas*, *uaos*, *oas*... oasis. El lugar, en fin, donde el agua resurge en el desierto, una especie de espejismo que se hace realidad.

En resumen, es bastante evidente que la orientación era un asunto complejo. Tal vez haya sido así desde el principio, desde que miramos por primera vez al cielo, pero la vastedad de la literatura egipcia nos permite fijar al menos algunos elementos relevantes: el occidente como destino del sol, como lugar de los muertos o como la terrible dirección de tierras desconocidas. Todos ellos, elementos que vemos repetirse de distintas formas en la mayoría de las culturas mediterráneas y del Próximo Oriente, mezclándose e influyéndose mutuamente.

Los puntos cardinales entre el Tigris y el Éufrates

¿Cómo se mide el mundo? Registrándolo, enumerándolo. En el tercer milenio antes de Cristo, entre el Tigris y el Éufrates, los escribas lo hacían en tablillas de arcilla, perdiéndose en largas listas de nombres e hileras de topónimos. Entre los muchos documentos que compilaban, también había mapas, la mayoría relacionados con asuntos administrativos. Vemos

muchos de ellos entre las tablillas cuneiformes que han llegado a nuestros días. Hablan de campos y edificios urbanos; añaden en los márgenes las medidas de los linderos, los nombres de los vecinos, el tamaño de la cosecha y más datos.⁹

Pero también hay textos que ampliaban, por así decirlo, la mirada sobre los mapas o las explicaciones del mundo que seguía un poco más allá.¹⁰ De ellos se desprende que el mundo de la antigua Mesopotamia se concebía en términos de país central: un país bien gobernado, cultivado, poblado y civilizado, rodeado de montañas casi vacías de gente, pero ricas en recursos, todos rigurosamente enumerados: montañas de cedros y de cipreses, montañas de lapislázuli, diorita, cobre y plata. Está bastante claro cuál fue el punto de partida para pensar en un espacio así: una llanura irrigada rodeada de colinas y mesetas. El contraste entre la llanura central y las montañas circundantes ya resultaba evidente en las palabras utilizadas: en sumerio, *mada* es el país interior, mientras que *kurkur* son las montañas, es decir, los países extranjeros.¹¹

Desde este punto, sin embargo, se podría extender la mirada y tratar de superar el espacio de esa cuenca fluvial rodeada de montañas. Para los sumerios y, más tarde, para los babilonios, la Tierra era plana y más o menos circular. La superficie terrestre era una especie de frontera entre la atmósfera dominada por los vientos y el subsuelo dominado por las aguas, sobre el que reinaba el dios Enki. La Tierra se dividía entonces en cuatro cuadrantes a los que se añadía el núcleo central,¹² pero también aquí, como en Egipto, la orientación era, ante todo, una cuestión de ríos: en Mesopotamia, las cuatro partes del mundo no estaban tan relacionadas al sol y a la estrella polar como al eje definido por el curso transversal del Tigris y el Éufrates. En la disposición clásica, el cuadrilátero llamado *Amurru* es el oeste (o más bien el suroeste); *Subartu* sería el norte (noroeste); *Eflam*, el este (noreste); *Sumer*, el sur (sureste); en el centro estaría Babilonia. A los planetas y las estrellas también se les asignaba una región, pero aquí las diferentes tradiciones complicaban todo mucho más.¹³

Observando el cosmos desde esta altura, es evidente que los asuntos de los hombres y los dioses se entremezclaban. Para comprenderlo, será preciso esforzarse por ver el conjunto tal y como ellos lo veían: un inmenso globo formado por dos hemisferios simétricos: la parte superior, los cielos, y la inferior, los infiernos; ambos separados por un plano en cuyo centro estaba la tierra de los vivos, que descansaba sobre una extensión de aguas dulces y estaba rodeada a su vez por las «aguas amargas», es decir, el mar. Los muertos yacían abajo, en el inframundo; aunque, en este caso, sería mejor llamar al inframundo por su antiguo nombre: *Ersetu*, en acadio. Sobre *Ersetu* había ideas bastante diversas. Algunos imaginaban que se podía acceder a ese mundo subterráneo a través de grietas y hendiduras en la tierra; por otro lado, otros sostenían que el paso al mundo de los muertos se encontraba en el lejano oeste, allí donde *Shamash*, el sol, se hundía cada noche para atravesar el inframundo y luego reaparecer a la mañana siguiente en el extremo opuesto del horizonte. También se decía que, antes de llegar al extremo oeste, el Sol se encontraba con un enorme y lúgubre desierto, más allá del cual se extendía una inmensa masa de agua.¹⁴ A menudo eran ideas confusas, que se superponían y mezclaban, ideas que habían circulado desde tiempos inmemoriales por los desiertos del Próximo Oriente: una tierra separada por el agua, un oeste lejano y tal vez inalcanzable, un lugar de muertos y del paso nocturno del sol. Se trataba de ideas que traspasarían los siglos y llegarían muy lejos. No es de extrañar que muchas de ellas encuentren eco en la Biblia. Por eso también conciernen de cerca a nuestra historia.

Occidente en el mundo bíblico

Eran un pueblo nómada que se movía entre los desiertos y los valles del Creciente Fértil: no es de extrañar que los hebreos también acabaran compartiendo la misma imagen del cosmos

que sus vecinos, empezando por esa tierra rodeada de agua, tanto por arriba como por abajo:

En el principio creó Dios los Cielos y la Tierra. La Tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas. Dijo Dios: «Haya luz», y hubo luz. Vio Dios que la luz estaba bien, y apartó Dios la luz de la oscuridad; y llamó Dios a la luz «día», y a la oscuridad la llamó «noche». Y atardeció y amaneció: día primero.

Dijo Dios: «Haya un firmamento por en medio de las aguas, que las aparte unas de otras». E hizo Dios el firmamento; y apartó las aguas de por debajo del firmamento de las aguas de por encima del firmamento. Y así fue. Y llamó Dios al firmamento «cielos». Y atardeció y amaneció: día segundo.

Dijo Dios: «Acumúlense las aguas de por debajo del firmamento en un solo conjunto, y déjese ver lo seco»; y así fue. Y llamó Dios a lo seco «tierra», y al conjunto de las aguas lo llamó «mares»; y vio Dios que estaba bien.

Génesis 1, 1-10

Bereshit, «En el principio», así comienza el libro del Génesis y, por tanto, la Biblia hebrea, y así comienza la historia de la creación. Es difícil, casi imposible, establecer una cronología para un relato como este. El libro del Génesis, tal como lo leemos, es una reordenación de diversos escritos que tuvo lugar después del exilio babilónico, es decir, después del siglo VI a. C., pero es evidente que gran parte del material tenía orígenes mucho más antiguos. Lo vemos desde el principio del segundo día, cuando, por el solo poder de su palabra, Elohim crea el firmamento, una bóveda de estrellas que sirve para separar las aguas superiores, que se encuentran en el cielo, de las aguas inferiores, que se encuentran en la Tierra. A grandes rasgos, la misma idea que tenían los habitantes de Meso-

potamia y los egipcios. Sin la idea, por supuesto, de la barca celeste, quizá demasiado alejada de la imagen del Dios único que esbozaba la Biblia. Tampoco se puede decir mucho más sobre la orientación a partir de las estrellas. El término hebreo para firmamento, *raqia'*, evoca la imagen de una fina lámina de metal batido. Ese es el lugar donde Dios, el cuarto día, decide colocar las luces: las estrellas y las constelaciones. Un cielo que se encuentra muy por debajo de la sede de Dios y que no es un espacio infinito, sino una bóveda sólida. Más allá de todo esto, la Biblia sigue siendo bastante vaga y se limita a mencionar algunos nombres de constelaciones, como As o Kesil,¹⁵ que no siempre son reconocibles. El discurso sobre los puntos cardinales no parte de ahí.

Como en Egipto y como en Mesopotamia, es bastante evidente que uno de los puntos de partida de la orientación de los antiguos hebreos era la posición del observador en relación con la salida del sol. Si la orientación por defecto es hacia el este, que se denomina *qedem* y significa 'delante', Occidente quedaría detrás. De hecho, *achor*, que significa 'detrás', se utiliza en la Biblia como sinónimo de oeste: «Los arameos al este y los filisteos al oeste», dice el libro de Isaías (9-12), y utiliza precisamente *qedem* y *achor*, lo que también podría traducirse como «Los arameos delante de ti y los filisteos detrás». Partiendo de esta base, entendemos por qué el sur y el norte se llaman a menudo *theman*, 'derecha', y *semol*, 'izquierda', de forma respectiva. Ahora lo entendemos: estas referencias nunca son unívocas. Así pues, el oeste era, para los antiguos hebreos, también la dirección del Mediterráneo, llamado en este caso *ha-yam ha-acharon*, literalmente 'el mar último' o 'el mar de atrás', como leemos, por ejemplo, en el libro del Deuteronomio (11-24). Se trata de una expresión en que la dirección del mar está centrada, sin duda, en Israel y, para ser más precisos, en Jerusalén, que, a partir de la época de David, seguiría siendo percibida como el centro y, por tanto, la referencia espacial para cualquier reflexión sobre los puntos cardinales.